MANUEL GONZÁLEZ
OBISPO DE PALENCIA (antes de Málaga)

El Corazón de Jesús al corazón del Sacerdote

(Ratos de Sagrario en tiempo de retiro

QUINTA EDICIÓN

1939
EL GRANITO DE ARENA
PALENCIA

Imprenta, Librería y Papelería MERINO.-Palencia

Lo que quisieran ser estas páginas

Soplo de brisa en horas de estío, rayo de sol en horas de invierno, gota de bálsamo sobre una herida, recuerdo de casa paterna, evocación de días felices, aliento de desmayados, chispa de fuego, ráfaga de luz, apretón de manos de viejos amigos, saludo y cambio de señas de viajeros que se encuentran en el camino de la eternidad... y todo eso espiritualizado, para que pueda obrar sobre el alma, y envuelto en el más vehemente de sus cariños fraternales y en la más rica de sus bendiciones de Obispo, quiere y pide que sean estas paginillas para sus hermanos los Sacerdotes,

el último de todos,

† MANUEL GONZALEZ

Obispo de Palencia (antes de Málaga)

PARA ESTA QUINTA EDICION

Corazón de Jesús Sacerdote, yo no sé cómo darte gracias por la noticia que multitud de cartas de Hermanos en el Episcopado y el Sacerdocio me ha traído acerca de lo que estás haciendo en el mundo sacerdotal con estas paginillas: ¡leyéndolas, lloran! ¡Gracias sin fin!

M. G. O. de P.

SÚPLICA

que podría preceder a cada uno de estos ratos de Sagrario

Corazón de mi Jesús Sacramentado, con mucha pena de ser como soy y con muchas ganas de ser como Tú quieres que sea, vengo a echar contigo este rato de conversación afectuosa para tu mayor gloria, honor de mi Madre Inmaculada y provecho de mi alma.

Angel de mi Guarda y S. José, enseñadme a oir y a hablar a Jesús.

I

Si conocieras...

Si scires...
(S. J. IV, 10)

Un rato de intimidad

¿Quiéres, Sacerdote mío, que echemos un rato de conversación aquí en mi Sagrario? De corazón a corazón.

¡Nos hace tanta falta a los dos ese ratito! A tí para fortalecerte, orientarte y hacerte más bueno, a Mí para endulzar mis horas de abandono, para gozarme en hacerte bien y por tí a muchos hijos tuyos y míos y a los dos para desahogarnos y consolarnos mútuamente...

Porque la verdad es que quien dice Corazón de Jesús o corazón de Sacerdote dice penas de ingratitudes muy negras, de espinas muy punzantes, de hieles muy amargas.

¡Mira que llueven dolores sobre los corazones nuestros!

Yo desde mi Sagrario y tú desde tus ministerios podemos todavía repetir la

queja y la pregunta de mi Profeta: *O vos omnes qui transitis per viam, attendite et videte si est dolor sicut dolor meus!...*

Las penas de los dos amigos

En verdad que no hay en la tierra dolor como nuestro dolor.

Y ¡qué! ¿hemos de ser hermanos en el padecer y no en el desahogarnos?

¿Nos han de unir las desolaciones y no los consuelos?

Y mi Corazón, a pesar de las hieles que lo inundan, ¡los tiene guardados tan ricos y suaves para sus Sacerdotes!

Sí, sí, Sacerdote mío, nos hace mucha falta a los dos el rato de conversación a que te invitaba.

Tenemos que hablarnos los dos ¡los dos! ¿te enteras? Tú me hablas y yo seré todo oídos para escucharte y, cuando te hable, calla tú y manda callar todo lo que levante ruído en tu corazón.

Y hemos de hablarnos en mi Sagrario ¡no faltaba más! ¡Si para eso he hecho Yo el Sagrario! ¡Si para que en todo el orbe pudieran mis hijos hablar y estar

conmigo he hecho tu Sacerdocio! ¡Como que tu Sacerdocio se ha creado para perpetuar mis Sagrarios en la tierra!

De modo ¡que en *nuestro* Sagrario!

Una queja

Déjame que preceda a nuestra conversación una queja que tengo de muchos de mis Sacerdotes.

¡Los veo muy poco por mis Sagrarios!

Los veo en las bibliotecas y en las aulas aprendiéndome, en los púlpitos y en la propaganda enseñándome, los veo en diversidad de lugares haciendo mis veces, los veo también ¡qué pena! en lugares en los que ni tienen que aprenderme, ni hacer nada por Mí... y, sin embargo por mis Sagrarios ¡los veo tan poco! y a ¡tan pocos!

¿Verdad que tengo motivos para quejarme?

Si scires...!

¡Si supieras, Sacerdote mío, lo que se aprende leyendo libros, estudiando

cuestiones, examinando dificultades *a la luz de la lámpara* de mi Sagrario!

¡Si supieras la diferencia que hay entre *sabios de biblioteca y Sabios de Sagrario!*

¡Si supieras todo lo que un rato de Sagrario da de luz a una inteligencia, de calor a un corazón, de aliento a un alma, de suavidad y fruto a una Obra!...

¡Si supieras tú y todos mis Sacerdotes el valor que para *estar de pie* junto a *todas las cruces* infunde *ese rato de rodillas* ante mi Sagrario!...

¡*Ah*! Si se supiera prácticamente todo esto ¿cómo se verían mis Sagrarios tan vacíos de Sacerdotes y en cambio tan llenos los círculos de recreos, los paseos públicos, y alguna vez... hasta los cafés, cines y teatros? . . . . . .

¡Si supieran! ¡Si supieran! . . . .

Los diez, doce, catorce años de Seminario ¿qué otro fin tenían sino enseñar por todos los medios y modos ese *saber y sabor* de lo que es mi Sagrario...? ¿Qué ha quedado de la formación eucarística del Seminario? ¿Qué lugar

ocupa en tu alma el Sagrario de tu Parroquia, de tu Iglesia, y qué lugar ocupas tú en ese Sagrario...? ¿El primero como debe ser? ¿el de uno de tantos...? ¿ninguno?

¡Qué buenas preguntas para tiempos de retiro!

Responda cada uno como le sugiera el Espíritu Santo. Pudiera ser buena respuesta la recitación lenta y paladeada del Salmo 41:

Quemádmodum desiderat cervus ad fontes aquarum...

II

Sí conocieras el don de Dios...!

Si scires donum Dei ..!
(S. J. IV, 10)

El don difícilmente conocido

¡El don de Dios! ¡el don de Dios! ¿Lo conoces, Sacerdote mío?

No te extrañes ni te quejes de mi pregunta.

¡Le han pasado unas cosas tan extrañas a ese *don de Dios* hasta llegar a ser conocido de sus Sacerdotes!

Si has leído despacio mi Evangelio, y sobre todo, si, al través de sus letras has tratado con la meditación de meterte dentro del espíritu que las vivifica, habrás descubierto que Yo vine a la tierra con el decidido y *principal* propósito de quedarme en ella entre mis hijos.

Mi Eucaristía no es en el Evangelio una *casualidad*, un *accidente*, una de *tantas cosas bellas*, un *milagro más*, uno *de sus beneficios*... no, no, es algo, es infinitamente más que eso, es una *idea dominante*, una *revelación constante y evidentemente hecha*, un *fin* siempre buscado, y si me lo dejas decir, una *gran obsesión*.

Y verás lo que fueron haciendo los hombres a medida que les iba dando a conocer mi Eucaristía.

Historia de dificultades

Se anunció por vez primera a continuación de un gran milagro de multiplicación de panes y de peces y, apenas insinué las nuevas e indefinidas multiplicaciones de *mi Pan*, los que me

oyen, los hartos de mi otro pan, me miran con ceño airado, llaman dura mi palabra, me vuelven las espaldas y... se van.

Sigo aprovechando las ocasiones que se me presentan para seguir descubriendo a los que no se fueron el *don de Dios* que preparaba y... no se enteran y, lo que es más triste, no se preocupan por enterarse.

Me preguntan de mi reino, de la liberación de Israel, del pago de los tributos, de la supremacía de unos sobre otros... De la Eucaristía que les preparaba ¡ni una palabra!

Llegó la noche, *con deseo deseada*, de realizar lo anunciado y de cumplir lo prometido.

Instituí ¡mi Eucaristía!

¡La dí a comer y a beber a mis Sacerdotes!

Y ¡qué pena me cuesta decirlo! mis Sacerdotes siguieron discutiendo la antigua cuestión de la supremacía, menos uno que se dedicó a la torpe tarea de buscarme compradores y verdugos...

Éste y aquéllos ¡como si tal *don* hubieran recibido! ¡Siguieron pensando, sintiendo, temiendo y obrando lo mismo que si no tuvieran Eucaristía!

Don escasamente agradecido

Cuando nací, Angeles y pastores celebran mi nacimiento y se muestran agradecidos a pesar de mis pobrezas y anonadamientos; cuando me presenté al templo, a pesar de mi riguroso anónimo, no faltan un anciano y una anciana que me agradezcan y prediquen; cuando nací a mi vida de Sagrario, a pesar de mis anuncios, de mis milagros, de mi santidad, de mis promesas de bienes temporales y eternos para los que me comieran... ¡ni un estremecimiento de alegría, ni un gesto de agradecimiento, ni una lágrima de consuelo, ni una palabra, siquiera, de acuse de recibo! ¡Nada!

¡Lo que interesaba a mis Sacerdotes en aquel momento, el más solemne y augusto de los siglos, era dejar bien discutidas y asentadas sus categorías!...

¿Te extrañarás ahora, Sacerdote mío, de que te pregunte con un acento un si es no es desconfiado y amargo:

Don poco paladeado

Sacerdote ¿conoces tú el *don que Dios* te ha regalado en el Sagrario?

Sacerdote ¿conoces, quieres y saboreas *lo bueno* de mi Sagrario?

¡Me halaga tanto sentirme conocido, querido y saboreado por tí, Sacerdote mío!

Y ¡edifica y levanta tanto a mi pueblo el darse cuenta! y se la dá tan pronto ¡de que el Sacerdote que le habla, lo apacienta y lo gobierna es de *los que me quieren y saborean en mi Sagrario!...*

Y ¡le hace tanta falta al pueblo la *evidencia* de la *Fe viva* del Sacerdote en Mí y en mis Misterios!

El día en que mis Sacerdotes fueran *evangelios vivos* andando por las calles, te aseguro que apenas quedaría un incrédulo ni un hereje.

¡Esto es cierto!

Para respuesta el Salmo 83: Quam dilecta tabernácula tua, Domine...

III

Sígueme

Sequere me

(S. Mat. VIII, 22)

Estamos en *nuestro* Sagrario; tú, Sacerdote mío, de rodillas ante el altar y yo desde mi modesto trono del Copón.

Has oído y entendido el *si scires...!* de mi invitación al Sagrario y en vez de imitar a la Samaritana en las preguntas de curiosidad y de duda con que me responde, has decidido aceptar y venirte.

¿No es eso lo que me quieres decir puesto ahí de rodillas?

Sí, la fijeza con que miras la puertecita dorada de mi Tabernáculo, como esperando verme salir por ella, a hablar y andar contigo, me está recordando la actitud firme de otro Sacerdote mío: de Pedro, cuando me decía a la vista de muchos que se iban: *¿a quién vamos a ir sino a Ti?*

Esa es tu palabra ¿verdad?

Pero he de advertirte que en los siglos que llevo viviendo entre los hombres, he oído decir a muchos esa palabra y, no obstante, ¡veo a tan pocos seguirme!

Y no creas que *mienten*; no, sino que *se engañan....*

¿Sabes en qué?

En que en vez de seguirme a Mí, que soy el Jesús verdadero, siguen a *otro jesús...*

Las dos clases de seguidores de Jesús

No te extrañes, ni te escandalices; Jesús verdadero no hay más que uno, que es el primogénito del Padre Celestial e Hijo de la Virgen Inmaculada; pero jesús falsificados, apócrifos, fantásticos hay muchos, muchos, tantos como imaginaciones y egoísmos, sensualidades e hipocresías *empeñados* en que o no haya Jesús o lo haya a su gusto y capricho.

¡Conozco más falsificaciones de Mí!

Y ¡claro! ¡Como siempre es más cómodo seguir al falsificado que al verda-

dero, tengo que pasar por la pena de *verme suplantado* ¡aun en mis Iglesias, aun en mis Sagrarios!

¡Pobrecillos! los veo rezar y a algunos hasta comulgar y luego en la conversación que por dentro entablan con *su* jesús, y en la actitud y en los trajes con que se presentan advierto que no es *conmigo* con quien hablan, sino con *un jesús* (así con minúscula) no bueno, sino *bonachón*; no suave, sino *dulzarrón*; no compasivo, sino *tolerante*; no sabio, sino de *modestos alcances*; no enterado de todo, sino *miope* o *aficionado a la vista gorda*; no diligente, sino *adormilado*... un *jesús*, por supuesto, sin nada de corona de espinas, ni de cruz, ni de cardenales, ni de pobreza, ni de austeridades de Calvario, y en cambio, de esplendores de gloria, de blancura de nieve, de miradas apasionadas, de regazos tiernos, de senos blandos, de ternuras de palabras, de derretimientos de efectos y de sueños y de ilusión ¡cuánto! ¡cuánto! y ¡bajo cuánta variedad de formas!

Y no creas, Sacerdote mío, que son sólo gente mundana y sin teología las que así me suplantan, que aquí en la intimidad de la conversación te diré ¡pena me cuesta! que oigo a algunos *amigos* predicar a un jesús que no soy Yo, aconsejar conforme a una moral *cristiana* que no es mía, prometer premios y mercedes a obras y personas incomunicadas totalmente conmigo...

¡Que todo esto es duro! ¿verdad?

Pero tan cierto como duro.

¿No ves las obras de muchos que me tienen en la boca, que andan junto a Mí y que hasta comen por servirme a Mí?

En sus maneras de hablar y de pensar de los demás, de querer a los hermanos, de tratar a los enemigos, de vestir, de sufrir, de gozar, de vivir; en una palabra, ¿encuentras un rasgo siquiera del Jesús callado, paciente, pobre, abnegado, incansable, humilde, generoso y amante hasta el fin del Sagrario?

¿No? ¿Y hablan, no obstante, de Jesús, y se llaman cristianos, es decir, seguidores de Jesús?

Ya sabes a qué *jesús* siguen.

¡Son de los falsificadores!

Tú, *sígueme* A MI.

¡A MI!

¡Al Hijo de María Inmaculada, al Aprendiz del taller de Nazaret, al Maestro de la Cruz de palo, al Crucificado del Calvario y del Altar, al Cordero de Dios que quita los pecados del mundo...!

Para respuesta, el Salmo I: Beatus vir, qui non abiit in consilio impiorum...

IV

¿Tú crees en el hijo de Dios?

Tu credis in Filium Dei?
(S. J. IX, 35)

No recibas con extrañeza esta mi pregunta, Sacerdote mío.

Y si no puedes reprimirla déjame que te diga que más pena me causa a mí hacerla que extañeza a tí recibirla.

¡Tengo que hacer esa pregunta a tantos y tantas veces!

Me veo tratado por muchos de mis bautizados y hasta de mis preferidos de modo tan distinto de como debe ser tratado el Hijo de Dios, que ha lugar a que les vuelva a preguntar como a aquel cieguecito de Siloé que, después de curado, no sabía quién era el *hombre aquél* (homo ille) que le había devuelto la vista: ¿Tú crees en el Hijo de Dios?

Pero con esta gran diferencia: que el ciego del milagro podía tener motivos legítimos para no conocerme, ¡ciego de nacimiento, ignorante, obligado a mendigar su sustento, sin una mano que lo hubiera traído a Mí, y sin una voz caritativa que de Mí le hubiera hablado!... ¡pero los otros, los nacidos en familias y pueblos cristianos, los agasajados por mi Corazón, los instruídos en mi Ley, esos... deben estar enterados de quién es el *hombre aquél!* ¡Y sin embargo, ni aún como hombre me tratan!

La confesión de la boca y de la cabeza

Sí, ¡tengo tantos *amigos aún no enterados* de quién es el Jesús del milagro de su primera Comunión, de la serie de ellos de su Seminario, del milagro de los milagros de su Sacerdocio!...

Cierto que sus bocas y aún sus cabezas, me confiesan Hijo de Dios, pero ¡sus obras? ¡sus corazones?

Estas dos cosas responden de Mí como a los fariseos respondían el ciego y sus padres.

Ubi est ille? preguntaban al primero, ¿en dónde está el que te ha curado?

Nescio, respondía. No lo sé.

Quis ejus aperuit oculos? preguntaban a los segundos, ¿quién abrió sus ojos?

Nos nescimus... No lo sabemos.

No sabemos... En ellos no me dolía esa respuesta porque aún no me conocían. Pero en mis *amigos?* ¿que tengan que decir con sus obras, y con su corazón que *no saben en dónde estoy* ni *quién soy!*

La confesión de corazón y de obras

Porque si *de corazón y de obras* supieran en donde Yo estoy ¿me vería tan *solo de sacerdotes* en mis Sagrarios? me vería tan ***poco buscado*** por ellos en sus penas, en sus alegrías. en sus perplejidades, en sus luchas... en mis abandonos...?

Y si *de corazón y de obras* supieran *quién soy* ¿me vería tan poco y tan desfiguradamente predicado, tan fríamente sentido, tan inconstantemente amado y tan injustamente preterido... *de los míos...?*

¡Ah! Sacerdote, que, al venir a dedicarme en este Sagrario un poco de tiempo, me estás diciendo que de corazón y de obras sabes *en dónde estoy y quién soy Yo*, ¿no descubres una gran espina para mi Corazón en ese *desconocimiento afectivo y práctico de los míos?*

¿Verdad que me sobra razón para salir al encuentro de cada uno de ellos y preguntarle: Pero tú crees en el

Hijo de Dios? ¿Tú crees en tu Misa? ¿Tú crees en tu Sagrario?

Y ¡no has de creer?

¡Si mejor que nadie tú sabes que en una y en otro *vidisti eum, et qui loquitur tecum, ipse est*, lo ves y te habla Él mismo!...

Y si crees, ¿por qué no terminas como el ciego del milagro, *procidens adoravit eum*? ¿por qué tu Fe en el Hijo de Dios no te lleva a adorarlo no sólo con tu *boca* y con tu *cabeza*, sino con tu *corazón y tus obras*?

¿Podría haber para tu vida pública y privada, de hombre y de Sacerdote y para todas las manifestaciones de tu vida y de tu persona un programa más completo y más adecuado que éste: Que todo tú y todo lo tuyo sea *respuesta digna* al *credis in Filium Dei...?*

Ese programa, así cumplido, quitaría a tu vida y a tu persona la *dualidad* que tanto escandaliza al pueblo; haría desaparecer ese *doble hombre* público y privado y produciría esto sólo: un *Sacerdote de Jesús*.

¡Con costumbres, hábitos, aficiones, porte y trato de Sacerdote! ¡Hombre de Dios, siempre y en todo Sacerdote!

Respuesta: Pídase al Espíritu Santo aumento de espíritu eclesiástico.

S. CIX. Dixit Dominus...

V

Hombre de poca fe!...

Modicae fidei!..

(S. Mat. VIII. 26)

Conoces la historia de esas dos palabras ¿verdad?

Por lo menos el *principio* de esa historia.

Puedo decirte que esa historia, que tú conoces, no es otra cosa que el *principio* de una historia que todavía no se ha acabado de representar.

Aquella escena del apóstol mío sumergiéndose en las aguas por falta de fe en Mí ¡se reproduce tanto! y he tenido y tengo a tantos que repetir, desde mi Sagrario, al par que les doy la mano, para que no se ahoguen:

¡Hombre de poca fe!...

Yo estoy cierto que mis Sacerdotes creen en Mí y que con gusto darían su sangre por confesarme Dios y Hombre verdadero realmente presente en la Hostia consagrada; pero también estoy cierto de que ¡siento palpitar *tan poco* en torno mío *la vida de fe!*

Fe muerta o mortecina

¡Hombre de poca fe!...

¡Encuentro tan poca fe viva en torno mío que algunas veces, muchas veces, podrían de nuevo mis Evangelistas escribir aquella desoladora frase: Neque fratres Ejus credebant in Eum!...

¿Podría explicarse de otro modo tanto desaliento de los míos, tanto criterio humano o terreno en materias de suyo sobrenaturales, tanto afán de premio de *tierra*, de comodidad de *tierra*, de honor de *tierra*, de vida de *tierra*, tanto lamentarse y entristecerse y desesperarse como si Yo no fuera Yo y no estuviera en donde estoy, tanto contar con el hombre y con su pobre y desmedrado poderío y tan poco contar

conmigo, tanto amor de sí y tan poco amor de Mí?...

Sacerdote mío, ¿verdad que todo eso es falta de fe viva o sobra de fe muerta o amortiguada? ¿Verdad que tengo razón de quejarme de la poca fe de los míos y de echar sobre ellos el reproche del vacilante Pedro: ¡Hombre de poca fe?...

¡Si se creyera en Mí!

Fe viva

Pero ¡con lógica, con consecuencia, con formalidad y con constancia!

Si con esa fe se creyera en mi Sagrario, ¿quién te ha dicho que habría tanto Sacerdote fluctuante en las congojas del desaliento y del pesimismo o ahogado entre las olas turbias de tentaciones y tibiezas?

Tú al menos, Sacerdote, que me visitas en mi Sagrario, cree así en Mí.

Y creyendo en Mí, verás como tienes *fe* en tu ***ministerio***, que es divino; en tu ***palabra***, que es mía; en tu ***oración*** que es de la Iglesia; en tu ***acción***, que

es ministerial; hasta en tu *presencia*, que me representa a Mí...

Y con esa Fe verás qué acompañado te sientes y con qué decisión y firmeza andas sereno sobre todas las olas reales y simbólicas y hasta sobre brasas encendidas sin mojarte ni quemarte.

Sacerdote, ¡si creyeras *del todo y siempre* en Mí...!

¡Qué feliz vivirías, qué seguro andarías, qué claro verías, qué resueltamente saltarías por encima de todos los obstáculos, con qué paz avanzarías cogido de la mano de mi Madre Inmaculada y apoyado sobre mi pecho!

¡Sacerdote, amigo mío, cree en Mí y fíate de Mí...!

Respuesta: S. In te, Domine, speravi... (XXX).

VI

Y todo lo que pidiéreis al Padre en mí nombre lo haré: para que sea glorificado el Padre en el Hijo

Et quodcumque petieritis Patrem in nomine meo hoc faciam: ut glorificetur Pater in Filio

S. J. XIV, 13)

No te vendrá mal

Sacerdote, que vienes a pasar este rato conmigo, que me dedique a ensanchar tu corazón y a dilatar los horizontes de tu alma.

¡Abruma y achica tanto a las almas el mundo! Y ¡están tan tentados de encogimiento y cansancio mis Sacerdotes que andan por medio de él!

Déjame que ante todo te pregunte como en otro tiempo a mis apóstoles: ¿tú quién dices que soy Yo?

Y después de esa pregunta mía y de la respuesta tuya, igual seguramente a la de Pedro, insto:

¿Y te has puesto a pensar en lo que ese Padre es para su Hijo y ese Hijo es para su Padre?

Puedo asegurarte que la mayor parte de los desmayos de Fe y de Esperanza que padecen mis Ministros, proviene de no meditar en lo que mi Padre me quiere a Mí y en lo que Yo valgo para mi Padre.

Lo que el Padre quiere al Hijo

¡Lo que mi Padre me quiere!

Llama a tu fe, evoca tus recuerdos y nociones de Teología y que te digan lo que soy Yo... Luz de la Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no hecho, substancia de su substancia... Hijo natural de Dios, es decir, más propia, substancial y esencialmente hijo suyo que todos los hijos lo son de sus padres.

Y si soy tan hijo, y eso de que los padres quieran a sus hijos no es invención ni convenio de los hombres, sino ley y necesidad de la paternidad, calcula, si puedes, el amor de ese Padre eter-

no e infinito a su Hijo eterno e infinito como Él.

Junta en una caricia todos los cariños buenos de la tierra de padres a hijos, de hijos a padres, de hermanos a hermanos, de amigos a amigos, reune en un beso la explosión de todos los besos que han brotado de labios de madres desde el primer día que las hubo, pon en una llama todo el fuego que ha salido de corazones amantes desde el primer momento en que se amaron los hombres, y ni aquella caricia, ni aquel beso, ni esta llama llegarán a ser ni una sombra del amor con que mi Padre me ama.

Hablando tu lenguaje humano tan escaso de vocablos que expresan con propiedad lo grande y lo bello, y mucho menos lo infinito, te diré que, si en Dios cupieran desatinos y locuras, mi Padre celestial me quiere hasta la locura y el desatino y tanto que su única ocupación de Señor eterno, infinitamente sabio, bueno, poderoso, es ésta: recrearse y complacerse en su Hijo.

Lo que da el Padre al Hijo

Y si sigues no escandalizándote de este lenguaje humano aplicado a hablar de cosas tan subidas e inefables, te diré que la creación entera con sus ángeles, sus hombres y sus insectos, con sus soles y sus arenas, con sus aires y sus aguas y sus tierras y sus fuegos, y la Redención con sus anonadamientos de Belén, Cenáculo y Calvario, con sus glorias de Tabor y Resurrección, con sus donaciones inefables de Eucaristía, de Virgen Madre y de Iglesia, no son otra cosa que *explosiones* del amor del Padre celestial para su Hijo.

Sí, todo lo del cielo, lo de la tierra y lo de los abismos lo puso mi Padre en mis manos y lo hizo para Mí y lo sometió a mi juicio.

Como el Amor es dar, y mi Padre Dios es Amor, no se cansa de darme, primero y eternamente su substancia y con ella su gloria y su poder, y después cuanto pueda servir a aumentar mi gloria accidental.

El por qué de todas las cosas

¡Oh! Y ¡cómo te daría materia para interminables ratos de Sagrario la meditación de los modos siempre maravillosos y nuevos con que el Padre va buscando, lo mismo en la eternidad que en el tiempo, lo mismo en la Creación que en la Redención, en las almas como a través de la historia, la gloria de su Hijo y cómo hace que todo, lo voluntario y lo involuntario, lo bueno y lo malo, lo grande y lo chico, lo invisible y lo que se ve, lo que pasó y lo que está por venir, todo sirva a la gloria de su Hijo!

Por eso podía Yo decir confiado a mis discípulos y a mis enemigos: Yo no busco mi gloria, hay quien la busque...

Sacerdote mío, tú, que por ser hombre y por ser hijo tienes corazón blando: ¿No se te enternece al meditar y saborear esta suprema y dulcísima razón de ser de todo lo que existe?

La glorificación del Padre en su Hijo

¿No nada en placer tu alma al saber que el mundo con sus distintos reinos

y jerarquías, no es otra cosa que un *poema* cantado y hecho cantar en honor de su Hijo por el amor de un Padre infinitamente bueno, sabio, poderoso? ¿No desaparecen de ante tus ojos medrosos todos los miedos y horrores y tenebrosidades de la vida al enterarte de que toda ella no es en definitiva sino el festín de bodas aparejado por el gran Rey a su Hijo y que toda tu misión en ella es sentarte a gozar del festín, comer de lo que te presenten y cantar?...

¿Comprendes ahora la palabra que tantas veces repetí en mi Evangelio? TODO, ¿te enteras bien? TODO *lo que pidiéreis al Padre en mi nombre os lo dará* para glorificar a su Hijo, o bien, Yo *os lo daré para que el Padre sea glorificado en el Hijo.*

Sacerdote, después de meditar lo que *el Hijo vale delante de su Padre,* ¿volverás a dejar entre tu corazón el miedo o el engreimiento? *¿Tú, el dueño de la llave* del Sagrario en que se quedó a vivir el Hijo? ¿Tú, el que todas las ma-

ñanas puedes tomar entre tus dedos la Hostia consagrada que es el Cuerpo, la Sangre, el Alma y la Divinidad del Hijo de Dios?

Siendo tuyo el Hijo de Dios ¿te podrá negar algo el Padre celestial?

Y si lo cuidas bien en tu Sagrario, buscándole mucha y buena compañía de almas, y en las almas preparándolas para que El se sienta a gusto en ellas, ¿has pensado en la *gratitud* que te guardará su Padre?

Respuesta: Pídase al Espíritu Santo conocimiento interno de la *Vida divina* humanada en la Encarnación y de nuestra vida humana divinizada por la Eucaristía.

S. XVIII. Cœli enarrant gloriam...

VII

Así, Padre...

Itar, Pater...
(M. XI, 26)

¿Te has detenido, Sacerdote mío, alguna vez ante esas dos palabras de mi Evangelio?

¿Quieres que en este rato de Sagrario que vienesa pasar conmigo te las descubra ycomente? ¡Veo a tantos predicadores y comentaristas míos pasar por encima de ellas y limitarse a traducirlas solamente! ¡Y escondí detrás de estas dos palabras tanta ciencia y tanta virtud! ¡la ciencia y la virtud de ser feliz desde ahora hasta siempre!

¿Hay muchos Sacerdotes felices?

¿Qué se opene a la felicidad de los hombres? Y concretando más; responde con ingenuidad:

¿Tú eres feliz? Más; de entre los hermanos que tú conoces y tratas, ¿sabes de alguno, que sea feliz?

Y antes que me contestes por tí o por ellos, te contesto Yo, descubriéndote lo que desde aquí mismo, desde mi retiro del Sagrario, leo en las caras y en los corazones de mis Sacerdotes.

¡Pobrecillos! ¡Los veo tan desasosegados! Cuando por las mañanas en sus Misas me traen a sus manos y me introducen en sus pechos, me encuentro tantas veces con agitaciones de espíritu,

tristezas hondas de corazón, destemplanzas de genio, inquietudes de miedo o de aspiraciones, y no te hablo ahora nada de cuando tropiezo con remordimientos de pecados cometidos, no confesados, ni dolidos... Es decir, que en mis excursiones por las almas de los Sacerdotes me encuentro pocas veces con mis hijas la paz y la felicidad...

Te sorprenden ¿verdad? estos mis descubrimientos.

Porque ¡cuidado que tiene el Sacerdote elementos y motivos de paz y felicidad!

Su vocación, o sea su designación personal para ser mi Sacerdote con todas las gracias y prerrogotivas anejas, el conocimiento más claro de mi doctrina, la experiencia de lo inagotable y delicado de la misericordia mía en sus ministerios, especialmente en el del Confesonario, la Misa diaria, la Comunión diaria, la propiedad y posesión perpétua del Sagrario, la seguridad de mis promesas infalibles en pro del fruto de sus

trabajos, del triunfo de sus campañas y hasta de su subsistencia económica... ¡Cuánto motivo, no ya para ser feliz, sino para enloquecer de dicha!

Cierto que junto con todo eso he dado también a mis Sacerdotes una cruz de palo, grande y pesada, una corona de espinas y unos clavos...; pero así y todo, hay *sobreabundancia de dicha* en el patrimonio de mis Sacerdotes, tanto más cuanto que esa cruz y esa corona y esos clavos son los mismos que me sirvieron a Mí y se llevaron mi olor, mi virtud y mi gloria...

¿Por qué no son felices?

¿Por qué, pues, esa tristeza de cara y de corazón de mis Sacerdotes, aun los buenos? ¿Por qué ese tenerse muchos de ellos por desgraciados, preteridos, arrumbados, inútiles? ¿Por qué ese buscar perenne y anhelante de la dicha fuera de casa teniéndola tan abundante dentro? ¿Por qué ese perpétuo quejarse de las injusticias de los superiores, ese mendigar en puertas, que nunca debieran pisarse, destinos y puestos, honores

y halagos y ese constante querer ser lo que no se es, estar en donde no se está y tener lo que no se tiene?

Mi respuesta la tienes en que *se dice* muy poco y, si se dice con la boca, no se dice con el corazón entero aquellas dos palabritas del principio.

El secreto del Ita, Pater

Esa es palabra del *reconocimiento* de mi Paternidad sobre cada uno, de la *aceptación* sin condiciones de mi voluntad, y del *abandono* sin reserva en ese mi cariño de Padre, y por eso es la palabra del Sacerdote feliz.

Si soy Padre tuyo ¿por qué no aceptas mi Paternidad con todas sus consecuencias, después de todo tan favorables para tí?

Si soy Padre de saber y de amor infinitos, y tú el hijo de una indigencia infinita ¿qué inconveniente hay en que tú digas al *así* de tu aceptación y abandono previos a *todos los comos* de mi voluntad sobre tí?

¡Los comos de mi voluntad y de mis obras! ¡Qué ratos tan sabrosos de me-

ditación tienen! ¡Y cómo contrarían el amor propio y el criterio humano!

Sabe que son muchos más los que me desobedecen por empeñarse en *discutir mis comos* que por decirme claramente que no me acatan. ¡En la Sagrada Escritura cuántas evasivas, dilaciones y desobediencias de mi voluntad por no acatar sin discusión el *como!*

El derecho de Dios

Y, sin embargo, Yo tengo derecho a a mandar *lo que* quiero y *como* quiero.

¿No tengo derecho a mandar que uno me sirva ganando batallas y fortalezas y el otro perdiéndolas? ¿No tengo derecho a presentar a éste de una sola vez todo el camino que ha de recorrer en su vida y no descubrir a aquél sino sólo el palmo de tierra donde ha de dar el paso inmediato? ¿No tengo trazas y poder para honrar con ignominias, elevar con abatimientos, enriquecer con escaseces, inundar de gozo hartando de hiel?

Pues, si es así ¿a qué ese afán de escudriñar, discutir, lamentar, protestar,

huir el *cómo* de mis designios? ¿No ves que en ese afán por buscar *lo tuyo,* lo que tú crees tu bien, me tratas de demostrar que tú *te quires más* que Yo te quiero y que *tú sabes mejor* que Yo lo que te conviene, es decir, que tú eres más padre tuyo que Yo? ¿No ves que eso es negarme, prácticamente al menos, y proclamar tu *gran miseria,* fuente de toda dicha?

No te canses, pobre Sacerdote mío, no te canses en buscar tu paz por esos senderos ¡ahí no está! Estarás condenado a inquietud perpétua, mientras en tu piedad, en tus ministerios, en tus trabajos, en tus apuros, en tus persecuciones, en tus perplejidades y hasta en tus pecados no metas la firme persuasión de que soy *tu Padre* y que la palabra de tu pensamiento, de tu corazón, de tu imaginación y hasta de tus nervios no debe ser más que ésta:

¡Así, Padre!

Y cuando, el amor propio el gran ladrón de tu paz, o la imaginación, tu gran tirana, humillados y burlados te

pidan cuenta o razón de tu emancipación de ellos, no les des más que ésta: Quoniam sic fuit placitum ante Te. Porque ASÍ le gusta a MI PADRE.

Respuesta: Salmo IV. Cum invocarem.

VIII

Semejante es el reino de los cielos a un grano de mostaza

Simile est regnum cœlorum grano sinopis
(S. Mat. XIII, 31)

¿Verdad, Sacerdote mío, que ante mi Cuna de Belén se te viene a las mientes mi parábola del *grano de mostaza?* ¡la menor de todas las semillas!

El misterio de lo chico

¡Era tan *chico* todo aquello de Belén! ¡Un pesebre, una cuadra, unas pajas, la obscuridad de la media noche, el frío del invierno, la ausencia de parientes, amigos, vecinos, la inseguridad del después, la escasez de medios materiales!... ¡Mira que era *chico* todo aquéllo!

Pues ese era el grano de mostaza de este árbol que se llama la Iglesia católica.

Detén tu pensamiento unos instantes ante ese milagro mío de *engrandecimiento* de lo *chico.*

Cuenta los minutos que han transcurrido desde esas doce de la noche más *buena,* y cuenta, si puedes, las cosas buenas y grandes que, brotando de aquella Cuna-pesebre, han visto desfilar esos minutos... Sangre de mártires, lágrimas de penitentes, lirios de vírgenes, resplandores de genios, buriles de artistas, plumas de sabios, espadas de vencedores, cetros de reyes, coronas de Sacerdotes, cruces de resignados, palmas de héroes...

Después traspasa los umbrales de la vida terrena, llega a las regiones en donde no se cuenta por minutos, ni por años, ni por siglos, sino por eternidades, y en el cielo te dirán que allá está el *granero* de los frutos *maduros* del Arbol de Belén, en el Purgatorio, que ahí se *acelera* la *madurez* de los que

acá no la alcanzaron y en el infierno que en su fuego eterno se queman los despojos del Arbol!...

Y después de ese milagro perpétuo de engrandecimiento de lo chico, ¡cuántos cada día!

Chico es el Sagrario en donde vivo en cada pueblo. ¡Chico por lo pobre y por lo abandonado! ¡Chico por el espacio que ocupan las especies tras de las que me oculto! ¡Chico por el trato tan esquivo y ruín que me dan en muchos de ellos!

Y ¡lo que sale en cada minuto de esa Hostia chiquita para sus vecinos buenos y malos, cariñosos y ariscos!

Cosa chica es una lágrima, una gota de sudor, una moneda de cinco céntimos, una crucecita de un minuto, un suspiro... ¡Chico es todo eso, es verdad!

Pero si esa gota de lágrimas es la que asoma a los ojos de una María que me visita en mis soledades de Sagrario; si esa gota de sudor y esa palabra es del Sacerdote apóstol, quizás de gentes que no quieren oirle, si esa moneda es la li-

mosna callada de la pobre viuda, si esa crucecita es la cruz de la abnegación anónima o la pena silenciosamente sufrida del vencimiento interior de las almas en cruz, entonces ¡viene el milagro! ¡la semillita *mínima* pasa a árbol *grande!*

Jesús único Engrandecedor

Sacerdote, que en tus visitas te lamentas tantas veces de lo infructuoso de tus trabajos, de lo estéril de tu sacrificio por tu pueblo, del desaliento de tu alma ante tanta deserción...

Sacerdote, que te cruzas de brazos o que estás a punto de dejarlos caer porque *no puedes nada.* Cura que no predicas los días de fiesta porque te oyen pocos, que no das catecismo porque acuden pocos niños, que no te sientas en el confesionario temprano porque no vienen penitentes, que dejas las obras de celo emprendidas y no emprendes ninguna nueva porque ¡se consigue tan poco o nada! ¿has meditado en mi parábola del grano de semilla? ¿Has reparado en el milagro que tantas

veces he hecho y que otras tantas estoy dispuesto a repetir de *hacer grande* todo *lo chico*, que se siembre en MI *campo?*

¿Que quisieras hacer *cosas grandes* y no puedes?

Y es verdad: lo grande solamente lo hago Yo.

Tú haz lo tuyo

¿Cosas chicas? Esas son las que te pido.

Sacerdote mío, ¡a sembrar tu granito! ¡entre muchos o entre pocos, con éxito pronto, tardío o nulo...!

Lo demás... Yo.

Respuesta: Salmo CXII. Laudate pueri.

IX

Será entregado a la muerte

Et tradent eum... ad crucifigendum
(S. Mat. XX, 19)

Lo que dice la Cruz

Sacerdote mío ¿qué te dice la cruz que corona mis Sagrarios y preside mis altares y que por medio de mi Liturgia

te mando hacer y mirar y besar tantas veces al día?

¡Qué falta te hace meditar a tí, Sacerdote, que Yo, Jesucristo, soy *Rey desde la Cruz*, regnavit a ligno! ¡Que tú eres ministro del *Rey de la Cruz!* y que querer o intentar tú un sacerdocio para tí sin cruz ¡es destronarme a mí y desarmarte a tí!

Yo soy el eterno *Procesado* por el tribunal de las *pasiones desordenadas* y disfrazadas con el nombre de razón política, prudencia, ciencia, progreso, libertad y hasta religión.

Un Rey, cuyos enemigos en definitiva y de verdad son las pasiones de los hombres, tiene que reinar con y por la Cruz.

El triunfo por la Cruz

Yo no he reinado en la tierra ni he enseñado a reinar más que así.

La Cruz llevada por mí y los míos es la única que puede destrozar a esos enemigos. Las pasiones, la soberbia, la lujuria, la pereza no tiene más enemigo serio y de verdad que mi Cruz, es de-

cir, la cruz llevada a ejemplo mío y con la gracia mía...

Sacerdote mío, compañero de cruz ¿caes ahora en la causa de tus desencantos y desilusiones, tus desmayos y quejas, tus tinieblas y desorientaciones...?

Insensiblemente te dejas llevar del espíritu humano que no quiere cruz, que la odia a muerte y te empeñas en trabajar *sin cruz*, en triunfar *sin cruz*... y ¡lo que es peor, en glorificarme a mí y santificarte a tí sin cruz...!

No olvides nunca que desde el Calvario y desde el Altar de tu Misa gané y doy la *mayor* gloria a mi Padre y la *mayor gracia* a los hombres, y en el Calvario y en el Altar fíjate, Sacerdote mío! ¡*estoy en cruz!*

¡Qué contento quedaría Yo de tus Misas si de cada una de ellas sacaras ganas de estar en tu cruz un poquito mejor que el día anterior...!

Respuesta: Salmo III. Dómine, quid multiplicati sunt...

X

Resucitaré...

Resurgam...
(Mat. XXVII, 63)

Ahora ¡alleluja!

El *alleluja* de mi Pascua no sólo invade el corazón de mis amigos, sino hasta se asoma al de mis indiferentes y enemigos.

Es un triunfo el de mi Resurrección que, aún para los que se obstinan en discutirlo o negarlo se impone.

¡Mi triunfo!

El siempre triunfador

Deja al Jesús olvidado y al parecer derrotado del Sagrario que, siquiera una vez, hable con sus Sacerdotes de *su triunfo*.

Sí, les viene muy bien a mis Sacerdotes saber o recordar que son ministros de un Jesús que triunfa, que *siempre* triunfa y que triunfa *cuado menos se espera* y de modo y por medios que humanamente no puede esperarse triunfo.

¡Para cuántos ratos de Sagrario daría la explicación de esas afirmaciones!

Pero, aunque brevísimamente, mira:

Jesús triunfa

¿Quién lo duda? ¿quién puede dudarlo? ¿Cuántos siglos hace que se pronunció el *Reus est mortis* sobre Mí y que se ejecutó esa sentencia?

¡Veinte!

Y ¿cuántos siglos hace que ese Jesús *ajusticiado vive* en el amor hasta el martirio de los unos y en el odio hasta la rabia diabólica de los otros?

¡Veinte!

Y ¿cuántos siglos llevan los hombres pronunciando y escribiendo el nombre de aquel Muerto?

¡Veinte!

Y ¿cuántos siglos doblándose rodillas y abriéndose bocas delante de los Sagrarios en donde sigue *viviendo* el condenado de la Cruz?

¡Veinte!

Veinte siglos de amores y de odios, de adoraciones y persecuciones, de agradecimientos e ingratitudes, de recuerdos y de olvidos en torno de mi Sagrario, ¿son trofeos de un triunfador o despojos de un derrotado?

Jesús siempre triunfa

Unas veces por mi poder, otras por mi paciencia, siempre por mi amor...

Por eso, aun derrotado triunfo... Más todavía, mis mejores triunfos son los que el mundo llama derrotas.

Detente, oh Sacerdote mío, en esos *triunfos de mis derrotas*, y verás qué campo tan dilatado se abre a tu meditación y al gozo de tu Fe.

Acuérdate de mis *derrotas* en el Huerto ante Judas y su gente que me prende besándome, ante el ministro del Pontífice que me derriba abofeteándome... y de tantas *derrotas* en mi vida de Sagrario, unas en el pecho de los comulgantes sacrílegos, otras en las manos consagradas de los *explotadores* de mi Carne y de mi Sangre... y con los ojos de tu Fe y con el sentir de tu caridad ponte a saborear en ella los *triunfos* de mi amor invencible y a toda prueba...

Y ¿cómo triunfa Jesús?

Como no voy haciendo más que darte puntos de meditación, sobre mis *modos de triunfar* no te recordaré más que dos palabras: Domingo de Ramos y Domingo de Resurrección.

Dos días de triunfo *visible* que encierran los seis días de la gran *derrota* aparente de mi Pasión.

Triunfos tan visibles y patentes que los mismos jefes de mis enemigos se hacen sus heraldos y pregoneros.

—Maestro, me decían el Domingo de Ramos, ¿no oyes cómo te aclaman?

—Manda, decían a Pilatos, todavía colgado de la Cruz mi cuerpo muerto, guardar su sepulcro, que anunció que iba a resucitar...

¡Los únicos que *contaban con mi resurrección* fueron, según mi evangelio, mis enemigos!

¡Los amigos, a excepción de mi Madre, no se habían enterado *aún!*

La primera palabra que pronuncian aquéllos después de mi muerte, que era su gran triunfo, es ésta: ¡Resurrección!

Y sigue anotando circunstancias y modos de estos dos triunfos míos.

El triunfo del Domingo de Ramos

Pasé de fugitivo y escondido en Efren y Betania a triunfador de Jerusalén, de condenado a muerte por los príncipes del pueblo y vendido por mi apóstol, a aclamado Rey por el pueblo y como trono de mi reino y carroza de mi triunfo escojo una pollina y su asnillo...

El triunfo del Domingo de Pascua

¡Ah! ese fué no sólo el día de mi gran triunfo, sino de las *venganzas de mi amor triunfante. Me vengué* de mis enemigos, haciéndolos testigos forzosos de mi triunfo; *me vengué* de la muerte, resucitando Yo y constituyéndome causa y modelo de la resurrección de todos los que mueran conmigo; *me vengué* del demonio, trocando la muerte en vida, y su imperio en esclavitud; *me vengué* de mis amigos, torpes en entenderme y tardos en creerme, invitándo-

los a que metieran sus dedos en mis llagas luminosas . . . .

. . . .

Me vengué... y me sigo *vengando* de enemigos y amigos, en cada uno de mis Sagrarios haciendo lo mismo que aquel día...

El triunfo de Jesús en el Sacerdocio

Sacerdote que me escuchas ¿no sientes ensancharse tu corazón, tantas veces acongojado y oprimido, al ver al Jesús de tu Sagrario y de tu Sacerdocio triunfante a pesar de todo y de todos y a las veces hasta *a pesar* de tí y *siempre* triunfante y triunfante cómo y cuándo El quiere?...

¿Dejarás todavía anidar el miedo, o la desconfianza en tu corazón oyéndome decirte a tí y a cada uno de mis Sacerdotes desde mi Sagrario: *Pax vobis, Ego sum, nolite timere?*

Sacerdote, déjame triunfar *en tí* y *por tí.*

En tí: Cada hora de *pureza* sacerdotal, de *oración* ante mi Sagrario, de *vencimiento* de tu amor propio, de *oficio* digna, atenta y devotamente recitado, de *estar en paz en la cruz* de tu cargo... ¿no es triunfo de mi gracia sobre tu naturaleza?

Por tí: Triunfo Yo por medio de *tu boca*, cada vez que me predicas *como soy*, cada vez que absuelves, que consagras, que hablas en mi nombre; por *tu pensamiento*, en tu intención de hacerlo *todo sólo* a mi gloria; por *tu corazón*, cada vez que amas a las almas y ellas a tí *sólo* por Mí; por tu ejemplo cada vez que me imitas, por *tus manos* y por tus energías todas no empleándolas *más* que en *servir de balde* a tu Madre la Iglesia...

El secreto del triunfo

Regnavit a ligno, así explica la Iglesia mi gran triunfo.

Sacerdote amigo, ¿quieres triunfos para Mí y para tí? Aprende y toma fuerza en el Altar de tu Misa para ser *Sacerdote en cruz* y conseguirás que la Iglesia, las almas y el Angel de tu

Guarda cuenten tu vida a mi Padre celestial cantando: *Regnavit a ligno...*

Respuesta: Salmo II. Quare fremuerunt gentes...

El gran deseo del Corazón de Jesús

¡El Sacerdote-hostia! ¡Como El! Ofrece su Sacrificio como Sacerdote y *se* ofrece en sacrificio como Hostia.

¿Qué es un Sacerdote-hostia?

Un Sacerdote que cada día *ofrece* en honor de Padre Dios a Jesús inmolado, y *se ofrece* inmolado con El y que dá cuanto tiene y se dá cuanto es a las almas, sin esperar nada de ello. «Benefacite multum nihil inde sperantes».

Es un Sacerdote *sacrificado a gusto* en su Misa de cada día en honor de Padre Dios, con y cómo Jesús, y *dado* a las almas siempre, como Jesús en el Sagrario y en la Comunión.

Un *Sacerdote hostia,* es un retrato vivo de la Hostia de la Misa y de la Comunión por dentro y por fuera.

Sabe padecer injusticias sin quejarse.

Sabe llenar de trabajo todas las horas de sus días sin llegar a decir: *no puedo más,* sino momentos antes de expirar.

Sabe sembrar mucho, sin entristecerse porque la cosecha sea corta o nula.

Sabe que él solo no es ni vale nada; pero unido con su augusto Compañero de Sacerdocio y de Sacrificio es omnipotente.



AUNQUE TODOS... YO NO

Historia íntima de la Obra de las Marías. Libro de la lealtad al Señor más deslealmente servido. 5.ª edición. 1'50 pesetas.

QUÉ HACE Y QUÉ DICE EL CORAZÓN DE JESÚS EN EL SAGRARIO

Viaje al País de las divinas sorpresas, propio para visitas al Santísimo. Encuadernado, 2'50 pesetas.

FLORECILLAS DE SAGRARIO O EN BUSCA DEL ESCONDIDO

336 temas de conversaciones o meditaciones para reuniones, viajes, visitas al Sagrario y conquistas de almas. Librito manual de 232 páginas, 1'50 en rústica y 2 pesetas en tela.

PARTIENDO EL PAN A LOS PEQUEÑUELOS

(5.ª edición).—Pedagogía práctica o modos de llevar a los niños al conocimiento, amor e imitación del Corazón de Jesús que vive en el Sagrario. —2'50 pesetas.

APOSTOLADOS MENUDOS

1.ª serie.—3.ª edición, 2 pesetas.

EL ABANDONO DE LOS SAGRARIOS ACOMPAÑADOS

En tela, 2'50 pesetas.

ARTES PARA SER APOSTOL COMO DIOS MANDA.—3.ª edición, 2 pesetas.

LA GRACIA EN LA EDUCACIÓN o arte de educar con gracia.—En tela, 3 pesetas.

EL ROSARIO SACERDOTAL.—En tela, 3 pesetas.

ARTE Y LITURGIA.—2'50

MANUAL DE LAS MARÍAS.—12.ª edición

Librito tan imprescindible para las Marías de los Sagrarios-Calvarios, ve sucederse sin cesar las ediciones. A 1'50 en tela y en rústica 1 peseta.

A los mismos precios el

MANUAL DE LOS DISCÍPULOS DE SAN JUAN

JESÚS CALLADO

O la Eucaristía Escuela del silencio.—(Cartilla para aprender a callar).—En tela, 2'50 pesetas.

SEMBRANDO GRANITOS DE MOSTAZA

Notas del gran mundo de la gente menuda.—Encuadernado, 2'50 pesetas.

Folletos ¡Todos Catequistas!—0'10.

NUESTRO BARRO.—2.ª edición, 2 pesetas.

CARTILLA DEL CATEQUISTA CABAL o los Catequistas que hacen falta, 0'75.

EL CORAZÓN DE JESÚS AL CORAZÓN DEL SACERDOTE.—5.ª edición, 0'50.

Hojitas de propaganda a diversos precios

Pídanse muestras

Santo Domingo de Guzmán, 19.—PALENCIA